



DESAPARICION DEL PRINCIPE AZUL

En la O. N. U. se espera de un momento a otro la llegada de un espi-
noso asunto que trae de cabeza a los
lectores de ABC: la escasez del
Príncipe Azul.

En efecto, con la campaña que la
masonería internacional ha llevado
a cabo de unos siglos a esta parte,
guillotinandoles en París o fusilán-
doles en San Petersburgo, cada día
son menos los príncipes casaderos
con los que las princesas puedan
ligar en las grandes reuniones de so-
ciedad, y luego por ende vienen los
matrimonios morganáticos, la me-
zcla de sangres y la desaparición de
la especie. No hay más que leer
«¡Hola!» y comprobar cómo la prin-
cesa que sale siempre en catorce
reportajes del mismo ejemplar va
de un lado para otro atareadísima
por su trabajo, acompañada cada
vez de un multimillonario diferente,
pero sin encontrar el Príncipe Azul
cual corresponde a su rango que le
de un beso, le despierte y le lleve
al trono soñado como en las pellicu-
las de Walt Disney.

Ana de Inglaterra se ha tenido que
casar con un capitán, a las princesas
nórdicas les aguarda otro tanto, y
así va el mundo, que sin los bailes
de la Corte se entretiene en escue-
strar hijos de magnates de algo.
Conscientes de ello, las Naciones
Unidas van a tratar del asunto, a fin
de crear una Reserva Mundial donde
se crien príncipes encantados y en-
cantadores en perfectas condiciones
de salud y apostura, para en su día
casarlos con princesas de auténtica
valía profesional en fastuosas cere-
monias que llenen las páginas de las
revistas del corazón y hagan verter
lágrimas de los ojos de los emocio-
nados lectores.

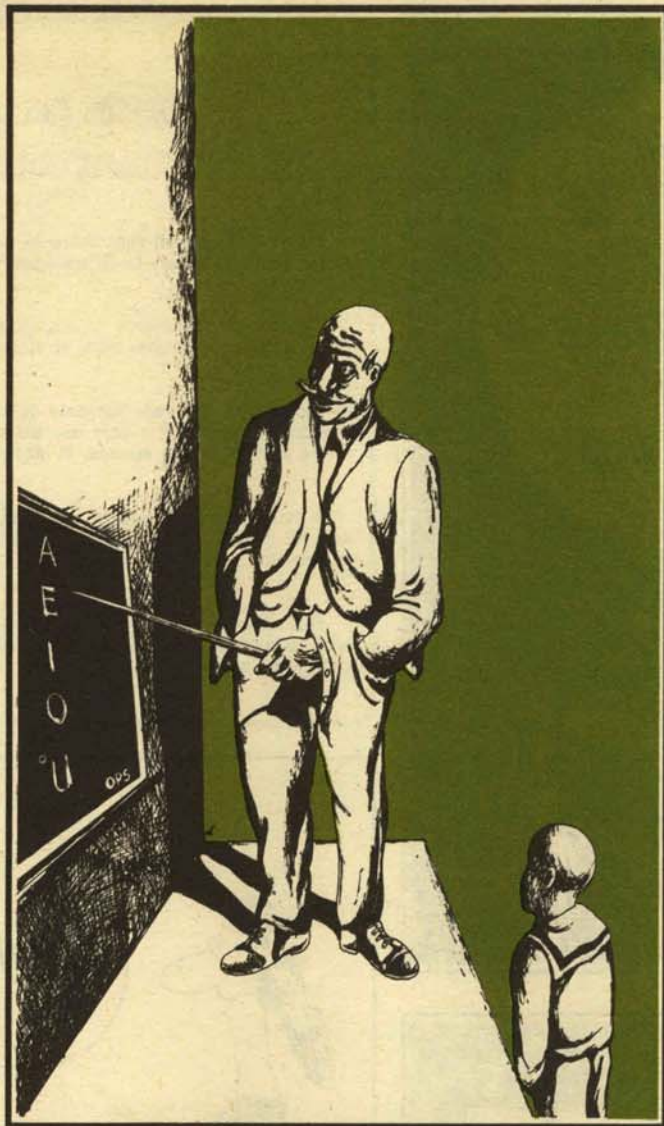
C. de R.

EL TEATRO DEL ABSURDO

La escena representa la
salita de estar-comedor de un
piso de las afueras de cual-
quier ciudad, comprado en
cómodos plazos mensuales.
En escena están el padre y
la madre. El padre lee «Ya»
y la madre «Semana». Entra
el hijo, estudiante de unos
dieciocho años, y besa a sus
padres. Se sienta y lee un
libro. Al rato entra la hija (no
está embarazada ni tiene as-
pecto de tomar la píldora) y
besa también cariñosamente
a sus padres y lee «Teresa».
Al rato, la madre sirve la ce-
na: sopa de sobre, pollo hor-
monizado y fruta verde. Reti-
ra la mesa después de cenar
y todos, felices y contentos,
ven la televisión. Al acabar
«Tiempo para creer» todos se
van a dormir. La escena que-
da a oscuras. Se oyen cuatro
sucesivos ruidos del agua
del retrete que limpia los
excrementos depositados pun-
tual y ordenadamente por los
miembros de la familia. Un
silencio expresa al cabo de
un rato la dulce paz espiritual
en que se ha sumergido el
hogar.

(Cae el telón agitado por
los insultos y las violentas
protestas de los especta-
dores que no toleran ni com-
prenden el moderno teatro
del absurdo.)

GENOVEVO DE LA O



He aquí una fácil y eficaz manera
de ocultar a sus sirvientes
en la mesa del despacho
cuando los inspectores sobre la Renta
vayan a su casa a comprobar
sus signos externos. En caso necesario
puede utilizarse también
para meter al inspector dicho
si se pone pesado.

